

EXPOSICIONES VENTA EN EL CIDAP**Tierra, Espíritu, Identidad
(Febrero-marzo de 2004)**

Cuando los conglomerados humanos tradicionales, incursionando en el pasado como respuesta a su curiosidad se preguntan a cerca del origen del ser humano, mitos de las más variadas índoles, responden a este interrogante vinculando nuestra presencia en el planeta a la intervención de divinidades. En el universo cristiano, el Génesis nos habla de que Dios, no del todo satisfecho con la creación del mundo, recurrió a la tierra y con este material hizo un muñeco de barro al que con un soplo le dio vida otorgándole la categoría de rey de la creación. Dotado de un siquismo superior se convirtió en continuador de la creación divina al enfrentar situaciones diversas y resolver sus problemas mediante caminos originales, previamente estructurados en su razón y afectividad. Partiendo del mito bíblico, el barro y el soplo creativo son inseparables en la esencia humana.

A diferencia de los demás integrantes del reino animal, en la organización de cuya conducta predomina el instinto, el ser humano recurre para este propósito a la cultura en el sentido antropológico del término que Amadou Mahtar M'Bow la define de esta manera: “Todo lo que una comunidad ha creado y lo que ha llegado a ser gracias a esta creación. Lo que ha producido en todos los dominios en donde ejerce esta creatividad y el conjunto de rasgos materiales y espirituales que, a lo largo de este proceso, ha llegado a modelar su identidad y distinguirla de otras”. *Más allá del ámbito biológico la conducta humana está sujeta a pautas creadas colectivamente que nos permiten proyectar nuestras aspiraciones y organizar nuestras aptitudes y cualidades dentro de un contexto común al grupo del que formamos parte, contando con espacios de libertad que posibilitan hacernos a lo largo del tiempo canalizando la creatividad de que disponemos.*

Esta capacidad creativa tiene múltiples caminos de los que se destacan dos: el de la tecnología y el del arte. Enfrentado a un mundo lleno de

recursos materiales y dotado de capacidad para elaborar herramientas, a lo largo de los siglos ha logrado descubrir las virtudes y defectos de los materiales en cuyo entorno transcurre la vida, desarrollar estrategias para obtener lo más útil según sus propósitos y progresar en la complejidad y eficiencia de herramientas y máquinas. Entre las rudimentarias lascas trabajadas por los seres humanos aurorales y el artefacto que desde Marte nos envía fotografías a color del planeta rojo, muchos siglos y leguas han transcurrido. De la tierra han surgido muchos satisfactores de necesidades comenzando por el mundo vegetal del que obtenemos alimentos básicos. Cuando aprendió a cultivarla y se tornó sedentario, liberado de las limitaciones y sinsabores de la caza, la pesca y recolección como únicas fuentes de sustento, surgió la cerámica.

Mezclada con agua, la tierra se vuelve pastosa y dócil al manejo de las manos que, guiadas por el cerebro, le transfieren formas tridimensionales que, secadas por el aire y cocidas por el fuego adquieren la dureza propia de una serie de artefactos que han introducido importantes cambios en la vida personal y familiar, comenzando por ladrillos y tejas que posibilitan la construcción de viviendas estables con consistencia suficiente para alojar a varias generaciones. Fue la cerámica madre de variados recipientes con cualidades adecuadas que facilitan y expanden el cocido de alimentos que de otra manera no serían idóneos para el consumo humano, ampliando además las posibilidades gastronómicas que añaden a la simple necesidad de nutrición el deleite del sabor que tantas satisfacciones proporciona. Las grandes tinajas que hoy ocupan sitios de honor en algunos museos, fueron extremadamente útiles para guardar con frescura el agua que había que traerla desde lugares distantes.

El arte es un camino de la creatividad que apunta a dimensiones diferentes. Además de homo sapiens y homo habilis somos homo esteticus en el sentido de poseer capacidad para encontrar belleza en la naturaleza y disfrutar de ella y también trasladar a elementos materiales componentes de belleza que se generan y bullen en nuestros espíritus. De nuestras almas

y manos salen obras cuya única razón de ser es el deleite del espíritu como un cuadro o una composición musical, pero es también posible y frecuente añadir a artefactos satisfactorios de necesidades materiales como vajillas, vestidos y muebles, elementos estéticos para aunar el cuerpo y el espíritu con deleites materiales confirmando que, más que dos realidades extrañas y aisladas: cuerpo y alma, somos ante todo los seres humanos una unidad.

Michael Ayala, en la obra que pone hoy a nuestra consideración consigue una síntesis muy bien lograda de las reflexiones anteriores. Demuestra amplio dominio de las técnicas que la cerámica ha generado y, valiéndose de este material elabora obras de arte escultóricas cuya finalidad es embellecer los entornos en los que reposarán. La inspiración de su creatividad parte de nuestra realidad al reproducir fiestas y celebraciones de nuestro medio rural, especialmente indígena, testimoniando con fuerza y colorido que nuestra identidad que tanto la buscamos y a la cual nos aferramos en tiempos de globalización, se encuentra de manera fundamental en la cultura popular que da el debido valor y respeto a la tradición, a diferencia de la elitista que privilegia el cambio. Somos los seres humanos entes temporalizados, vivimos presentes en buena medida estructurados por el pasado y que, en muchos casos, tienen sentido en función de lo que esperamos acaezca en el futuro.

El artista y el artesano dejan migajas de su espíritu en las obras que trabajan como testimonia la impronta que en cada pieza inscribe Michael Ayala con formas, fisonomías y colores. Hay además en este caso fuertes contenidos del espíritu colectivo de nuestro país que, ante los deslumbramientos de las nuevas tecnologías, requiere ser plenamente consciente de nuestras raíces profundas. n

Enjoyamiento del mar (Abril de 2004)

No nos resignamos a deleitarnos contemplando la belleza, queremos expresarla haciendo uso de nuestra creatividad. Así como de esa creatividad disciplinada por la razón han nacido las ciencias y las técnicas, la sensibilidad que arranca de la afectividad deviene en obras de arte de diversa índole. Estas obras suelen estar en templos, museos, plazas o espacios públicos y privados para satisfacción de quienes las miran, pero, insatisfechos ante nuestra vinculación a la belleza, buscamos acercarla a nuestros cuerpos para adornarlos engalanando los vestidos o portando adornos.

La joyería responde a esta apetencia propia de la condición humana y por tratarse de bienes suntuarios -es decir no vinculados a la satisfacción de necesidades básicas- se ha buscado en la naturaleza materiales que por sus condiciones intrínsecas y su rareza cumplen esta función de manera excepcional. Los metales preciosos, sobre todo el oro y la plata, se han ganado el apelativo de nobles por sus cualidades, al igual que las piedras preciosas, y en manos de joyeros se han transformado en objetos saturados de belleza porque a sus peculiaridades se ha añadido la inspiración y el oficio de sus ejecutores.

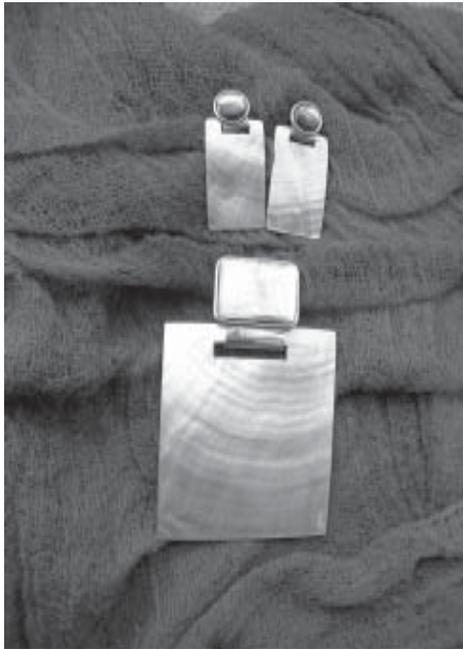
Hechos para sobrevivir en tierra, nuestra familiaridad con el mar -que ocupa la mayor parte del planeta- es menor y en relación con los objetos inertes y vivos que se encuentran en sus entrañas, hemos desarrollado una actitud mezcla de misterio, admiración y respeto. Mas la curiosidad y hambre de belleza han descubierto objetos y materiales con óptimas condiciones para el adorno, destacándose las perlas. Otros han sido desde hace algún tiempo alabados y vinculados a la joyería como reza la letra de un pasillo popular: "De conchas y corales, de nácar/ De nácar reluciente guirnalda, guirnalda en tu frente/ Mi bien, mi bien te ceñiré"

La concha espóndilus, muy propia de la costa ecuatoriana, tiene un sentido histórico precolombino. La hermosura, el pulimento natural y la

fascinación de sus colores hicieron que fuera considerada como tesoro y que muchas de ellas se usen como referente de cambios con las culturas del norte del Perú, encontrándose en excavaciones arqueológicas entre los bienes suntuarios pertenecientes a quienes detentaban poder en los más altos niveles, siendo consideradas símbolos de riqueza y autoridad.

A diferencia del oro y la plata que en estado natural poco nos informan de sus posibilidades estéticas, los elementos del mar men-

cionados, ya de por sí portan encantos, siendo una vieja tradición recogerlos en las playas y guardarlos en las casas. En los últimos años se ha acrecentado la tendencia a manejar estos materiales para convertirlos en joyas con las variaciones que la funcionalidad de estos adornos requiere, sin que su procesamiento tenga la complicación de los metales y las hermosas cualidades que portan justifiquen su condición de joyas, siendo necesario, en muchos casos, destacar la belleza que está a la vista.



Napoleón Cabrera ha hecho la mayor parte de su vida junto al mar sin que se haya dado en él "el destino mariner", pero las condiciones sobresalientes del artista que anida en su interior, le llevaron a descubrir las potencialidades de los materiales y a proyectar su creatividad y sus técnicas a objetos destinados al adorno, sobre todo a joyas, como lo demuestra en la exposición que presenta en el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares.

Durante varios años se encariñó con la tagua que justicieramente se ganó el apelativo de marfil vegetal y que con generosidad fructifica en árboles de nuestra costa. La dureza de la semilla, su contextura y su brillo fueron retos para trasladar a ella formas que reproducen especies animales del entorno o adornos abstractos, En los últimos tiempos, las condiciones naturales de las conchas -sobre todo de la espóndilus- han atrapado su creatividad y su capacidad de embellecer los materiales con dimensiones diferentes, más refinadas y ricas.

Napoleón saca todo el provecho posible de los encantos que la naturaleza regaló a estos productos del mar. Su brillo y sus colores no requieren cambios ni modificaciones. Si la mano creativa del joyero interviene, es para exaltarlos. Cada una de las piezas de esta joyería busca formas y tamaños adecuados al uso según se trate de aretes, collares, colgantes o anillos, demostrando su autor que posee sabiduría suficiente para lograr un equilibrio entre la forma, el tamaño y el peso. La sensibilidad artística no necesariamente tiene que complicar lo que la naturaleza ofrece, en muchos casos los grandes maestros del arte han demostrado sus dotes excepcionales respetando esas formas y haciendo alarde de sencillez.

De los espacios del cuerpo en donde estas joyas reposarán, se propagarán a los demás efluvios de belleza en los que se multiplicarán con sencillez y paz las maravillas propias del cuerpo humano y las que, a lo largo de millones de años, ha configurado el mar, ajeno a las prisas y tensiones del mundo que hoy vivimos. n

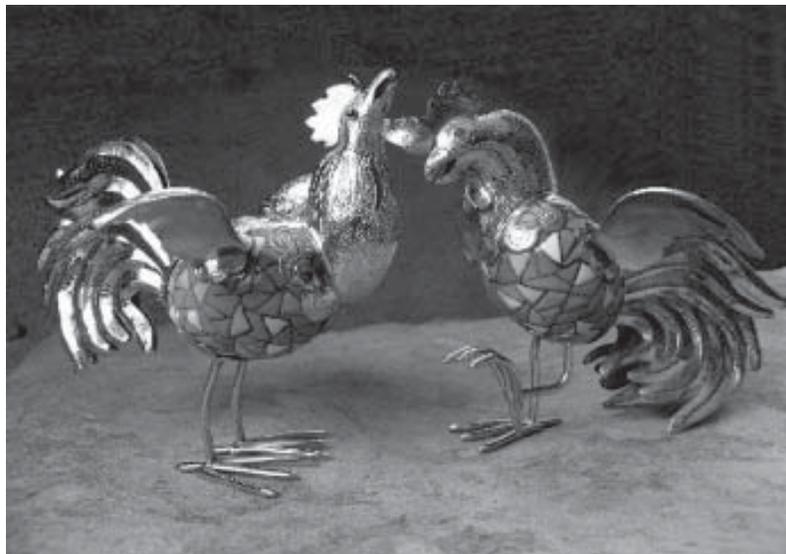
Presencia Andina (Mayo de 2004)

Los Andes invitan a la soledad. La rudeza de sus montañas y sus afanes de llegar al cielo despiertan en el habitante y en los visitantes una actitud mezcla de temor, reverencia y sentido de pequeñez ante la inmensidad de la naturaleza. Los vientos y las lluvias, con frecuencia acompañados de truenos y relámpagos sacuden al espíritu e invitan al recogimiento. El sol que se desliza en un cielo de intenso azul, brilla con agresividad y el dorado color de sus rayos resplandece. Los pajonales de sus páramos que siguen las ondulaciones de las montañas son adustos y las fibras que de la tierra brotan están en consonancia con esa adustez. En los valles, ablandados por la suavidad del clima, predomina el verde en una amplia variedad de tonos y matices como regalo a la vida en las plantas silvestres y sembradas por el ser humano. Sus ríos no tienen el volumen y el perezoso trajín de aquellos que lamen las selvas, sino el bullicio que va desde el susurro hasta el rugido de acuerdo con la pendiente por la que bajan y la cantidad de piedras y pedrones que reposan en sus lechos. Flores multicolores matizan los entornos, alegran y avivan las miradas e invitan a los labios a la sonrisa.

Esta diversidad austera del paisaje penetra por los poros en el espíritu de sus habitantes que tratan de responder a su incitación recurriendo a vivos colores para ornamentar sus vestimentas y a manifestaciones alegres y caprichosas en sus adornos. La sobriedad de la naturaleza invita a contrastar con una cromática intensa y variable la circunspección de las montañas. Los ponchos de los varones, las polleras y anacos de las mujeres campesinas e indígenas, rompen la monotonía del ambiente si es que se trata de los páramos o complementan las tonalidades del verde en los valles. La coloración de la indumentaria varía según el tipo de actividad que realizan, una es la de los quehaceres cotidianos y la fortaleza del trabajo agrícola, pero llega a niveles reverberantes en las fiestas. Para la pausa dominical, cuando se dejan las aisladas casas esparcidas por el campo y se recorre el camino hacia el centro poblado más cercano para asistir a oficios religiosos y participar en las multicromáticas ferias, se recurre a vestimentas

especiales que, manteniendo los mismos contenidos de identidad étnica, se caracterizan por su pulcritud y mayor grado de prolijidad en la elaboración de las prendas así como la abundancia de adornos.

Gonzalo Quizhpe es un hombre andino y su sentido de la belleza, así como su creatividad estética para expresarla, está profundamente inspirada en la grandiosidad de estas montañas y en la respuesta que dan a ellas sus habitantes. Puede el artesano proyectar sus habilidades y destrezas a objetos utilitarios con mayores o menores contenidos de elementos para tornarlos bellos o puede trasladar su imaginación y su trabajo a piezas cuya única función es intensificar la belleza de las personas que las usan o los entornos en donde habitan o trabajan. Somos, además de racionales, animales estéticos y así como no podemos prescindir del razonamiento para organizar nuestra conducta, tampoco podemos vivir de espaldas a la belleza que está en la naturaleza o en objetos que han sido elaborados en uso de la capacidad creativa que nos diferencia de los demás integrantes del reino animal. Las piezas que engalanan esta exposición testimonian con



armonía e intensidad la presencia mágica del mundo andino en microcosmos de objetos que nos impactan por la amable agresividad de su brillo y sus colores y nos invitan a acercarnos para apreciar sus detalles y con nuestros dedos enriquecer su expresividad.

El mundo de las artesanías no fue extraño para Gonzalo, desde su temprana edad estuvo en relación con él y de uno de sus primos aprendió el oficio mediante una participación directa en la elaboración de joyas. Ya a los trece años estuvo integrado a un taller y, siguiendo la secuencia tradicional: aprendiz, oficial, maestro, a los veintinueve años culminó su carrera como maestro joyero incorporándose a la paciente y detallada elaboración de joyas con metales preciosos que exige alta precisión en el trabajo por la pequeñez de los objetos finales y porque con metales nobles no es posible darse licencias. Pudo Gonzalo ser un reconocido y respetado joyero tradicional y ganarse la vida en esta placentera tarea, pero algo bullía en su interior y esa conmoción interna le llevó a experimentar recurriendo a otros materiales, unos metálicos como el bronce y el níquel y otros no metálicos como la cerámica. Una de las razones que motivaron estos cambios fue el menor costo de materiales que le permitía manejar mayores volúmenes y llegarse al público comprador en condiciones más ventajosas, pero lo importante es que las nuevas líneas de su creatividad posibilitan pasar del adorno del cuerpo al embellecimiento de los entornos de los que es parte muy importante el ser humano.

La variedad de este tipo de piezas decorativas nace de las posibilidades de los materiales que emplea, de la libertad para no limitarse a tamaños que condicionan las joyas y de poder jugar creativamente con volúmenes, formas, colores, grabados etc.. Con frecuencia recurre a modelos de la naturaleza como aves de largas patas y no menos largos cuellos que anuncian la intención de separarse del suelo con el movimiento de sus alas y que llevan su vida con arrogante independencia de los seres humanos. También salen de sus manos, amigables gallos que conviven con nosotros sin perder su dignidad y orgullo que florece en sus crestas y se anuncia en cantos y sonoros movimientos de alas, no faltan los que, respondiendo a

agresivas condiciones de sus dueños, se entrenan para pelear hasta la muerte. Llama la atención la estática movilidad de estas piezas gracias al juego que logra con la flexibilidad de los metales y la docilidad de la cerámica. Hay también objetos que entran en el ámbito de lo abstracto y lo simbólico con logrado equilibrio y armonía que no busca la ostentación ni la pedante novelería de tantos audaces e inconsistentes pseudo creadores. Disfrutemos de este festival de belleza, colorido deslumbrante, ágiles formas y muy bien lograda combinación de materiales. n